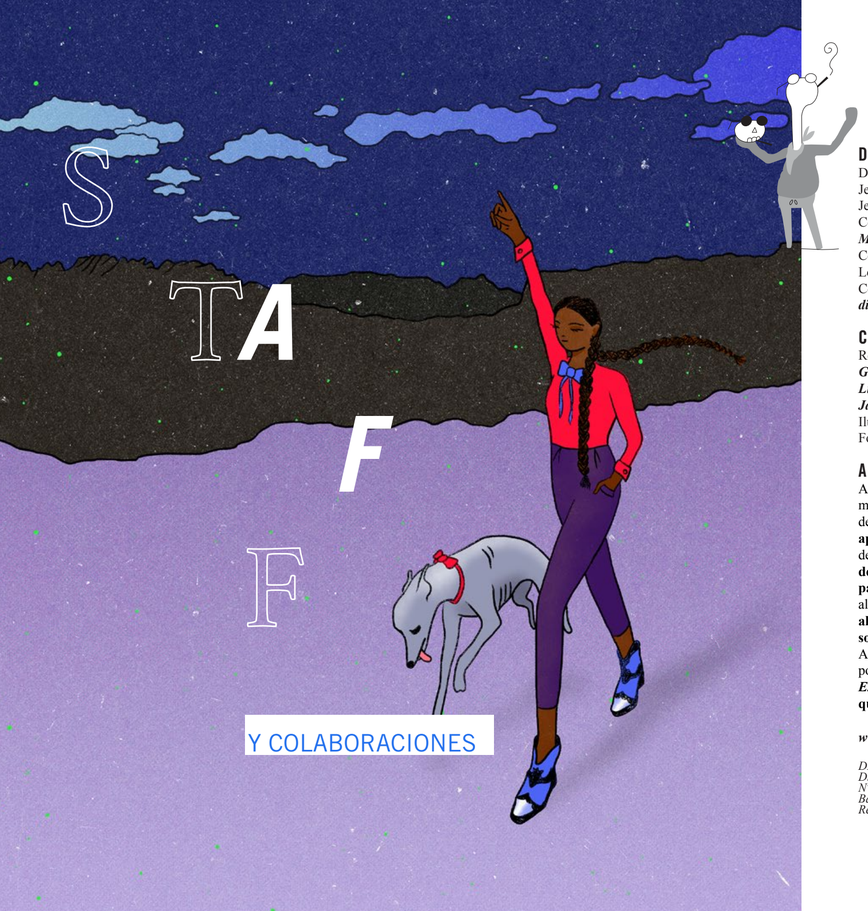
DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

DICIEMBRE 2020



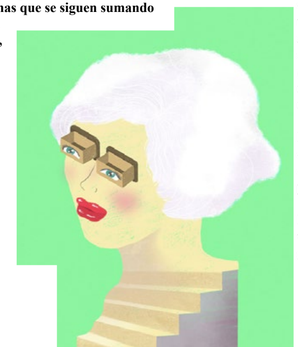
DSE
Directora editorial: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***Flora Otaño Ezcurra***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Consejo editorial: ***Mariana Armelin, Martín Gagliano, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik y Darío Sosa***
Corrección: ***Pamela Altieri***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Comercial: ***Nerina Badalic***
digansuselogios.comercial@gmail.com

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Redacción: ***Pamela Altieri***, ***Mariana Armelin***, ***Mariano Blatt***, ***Gabriela Borrelli***, ***Martín Felipe Castagnet***, ***Kike Ferrari***, ***Luciano Lamberti***, ***E. Logian***, ***María Miranda***, ***Daniela Pasik***, ***Javiera Pérez Salerno***, ***Samanta Schweblin*** y ***Darío Sosa.***
Ilustraciones: ***Chan Tejedor***
Fotografía: ***Vicky Cuomo*** y ***Fausto Pasik***

AGRADECIMIENTOS:
A ***Luci Arlequín***, por la música que nos dio para regalarle a la mafia extendida de suscriptores/as. Por supuesto, a esa gente que decidió tener **una relación estable con DSE a través de un aporte mensual para ayudarnos a crecer.** También a cada una/o de los que en **un romance** hicieron y siguen haciendo **donaciones a la gorra**. A las **personas que se siguen sumando para recibir el Newsletter**. Al mini aluvión de nuevos followers **en una, alguna o todas nuestras redes sociales**.
A ***Berta Bryner***, de *Qué con Qué*, por jugar a hacer sorteos con ***E. Logian.*** A **cada ser del bien que nos dejó elogios** en la web.

www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik
Nº 3, diciembre 2020
Bauness 1278, CABA
Registro DNDA en trámite



CACHONDEZ Y SENTIMIENTOS

Cumplí años a los dos días de arrancar la cuarentena y empecé a tirarle los perros a algunos señores que me saludaban por whatsapp, tratando de garantizarme, de manera digital en la pandemia, el polvo semanal que siempre trabajé y logré durante la vida analógica. Qué desasosiego cuando creí que no iba a volver a cojer. Era lo mismo que una sentencia de muerte. Menopáusica y encerrada, sin contacto alguno, no la levanto nunca más, pensé. Listo, me marchito y seco, literalmente. Redoblé la búsqueda de compañeros sexuales virtuales, pero oh, sorpresa, los candidatos en ese entonces estaban muy consternados flasheando apocalipsis o, al contrario, descerebrados en cierto optimismo planteando "es cosa de un mes o dos, esperemos".

Lo peor que me dijeron fue "está claro que entre internet y cojer preferimos internet". ¿Qué? "Sacame el carnet de tuitera, pero ponemelá", contesté. Risas, y de cojer ni hablar. Mejor no pensar, mejor ocuparse, concluí, y me volqué a la escritura. Hasta que noté que ahí también se dejaban entrever mis ganas: en los capítulos en proceso de mi novela empezaron a aparecer mujeres calientes, nadando en el Delta y bebiendo cerca del río, masturbándose en cementerios, cojiéndose entre ellas y, después, juntas, a un ex en común.

Cuando vi que E. Logian, que es fuente de inspiración (si recorren la página verán), pide en la home "mirame todo" imaginé sus nudes y ahí entendí que sí, que estaba al borde de perder la chaveta. Había llegado a límites insostenibles justo cuando, como si todos mis pedidos al universo hubieran sido escuchados, cayó un físico, real, del cielo, bah, de la nube. Zoom va, zoom viene, foto va, foto viene, fueron pasando los días y sigo fantaseando, pero ahora es con alguien de carne y hueso. Vení, bombón, descosemelá, in the flesh, cara a cara, pija a concha. ¡Ah! Abrazar el cuerpo desnudo del que te gusta es como volver a casa. Pero estás en casa hace nueve meses, dice una de las voces de mi cabeza. ¡SHHHH! ¡Dejame ratonearme como se me moja!

Él, que es perceptivo y tiene un poco de imaginación o de astucia, hace lo que puede para, a la distancia, conservarme en este precioso estado que se menea entre el goce y la permanente expectativa. Así de tangible es lo que hace para haber llegado a posicionarse como el hombre que protagoniza todas mis imágenes y pensamientos.

Estoy cachonda y me gusta escribir sobre sexo cuando estoy caliente. Cojiendo, aunque sea virtual, me siento ancha, despatarrada, blanda. Todo se me presenta excitante. Plantas de hojas grandes, pornográficas, mi ventana urbana da a la selva. Entra olor a lluvia, hay verdes infinitos.

BITÁCORA DE VIAJE

La vegetación, exuberante, tropical, cruje, crece. Los pájaros hacen oá oá. El aire es húmedo, las gotas caen generosas, aunque el chaparrón de las tardes acaba de parar. Nos envuelve una semipenumbra, es la hora de la siesta. Estamos desnudos en la cama. No es la tuya ni la mía. Es otra, un poco angosta. Uno al lado del otro, boca arriba, todavía apenas agitados. Nuestros cuerpos irradiando calor. La calma flota como nubes bajas. Completos, satisfechos, el olor a sexo es como un rocío que no se dispersa, casi se puede tocar. Girás hacia mí, me rodeás con una pierna y un brazo, tu peso cede, tu cuerpo se vuelve a entregar, soy feliz.

Es diciembre y los pensamientos sobre las metas logradas, que se suelen tener en esta recta final hacia la locura, se agolpan en las mentes y rebotan contra la pandemia. Yo sé que todos y todas piensan en las fiestas, cómo las van a pasar, qué hacer con los parientes mayores y hasta en las vacaciones. Pero ahora que se puede, lo mejor es tomar medidas, las que tranquilicen a cada cual, y aprovechar.

Una buena compañía para procesar este volantazo es la tercera edición de **DIGAN SUS ELOGIOS**, que llega repleta de mundos veraniegos, ilustrados por la lisérgica **Chan Tejedor**. Se pueden leer ***Los monstruos***, un capítulo de la novela *Territorios sin cartografiar*, que funciona como cuento, y que **Kike Ferrari** nos adelanta antes de que llegue a las librerías en 2021, y ***La espera***, un relato inédito de **Pamela Altieri** que anticipa una playa que es eterna. En la sección **Entrevistas**, hablamos de lecturas con personas que se dedican a otra cosa y esta vez le toca a **Gisela Volá**, autora de trabajos fotográficos que narran y revelan mundos, en charla con **María Miranda**. Las reseñas son acuáticas, porque transitan el Delta y el Paraná: ***Lugones***, de **César Aira**, por **Daniela Pasik**, y ***No es un río***, de **Selva Almada**, por **Darío Sosa**. Finalmente el capricho de este número es la vernissage de una muestra de tweets hechos cuadros, obras textuales de **Samanta Schweblin**, **Martín Felipe Castagnet**, **Mariano Blatt**, **Gabriela Borrelli**, **Luciano Lamberti** y **Javiera Pérez Salerno**.

Reemplacemos la parafernalia navideña, el turrón derretido y la parentela estresada por una buena ensalada rusa de sexo. La pavita por el ganso, las pelotas del arbolito por las de alguien golpeando la base de un culo o una vulva. Conchas, líquidos, pezones erectos, pieles electrizadas, bocas entreabiertas, jadeos al oído, lenguas lamedoras, caderas moviéndose en círculo, dedos sabios buscando su lugar.

Hagan como yo, que solo pienso en la fiesta del cuerpo y en las olas de placer. Cuando acabo, soy concha, soy cielo y soy tierra, nada y todo a la vez. Para descansar, leo **DSE**. Después, retomo el sexo. Las dos cosas son goce. ¿Qué más se puede pedir? Ah, sí, pidan morfi.

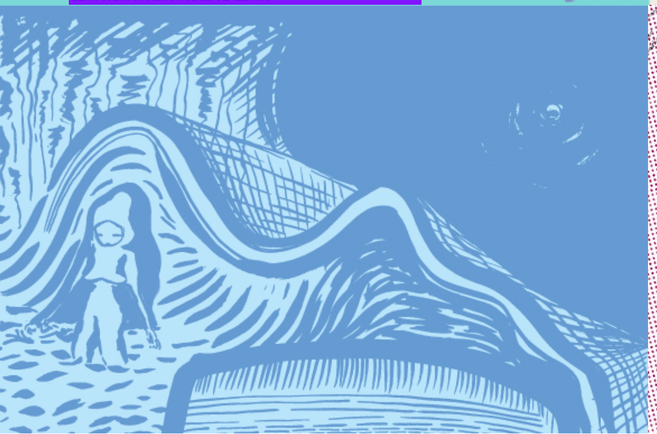
MARIANA ARMELIN
CONSEJO EDITORIAL

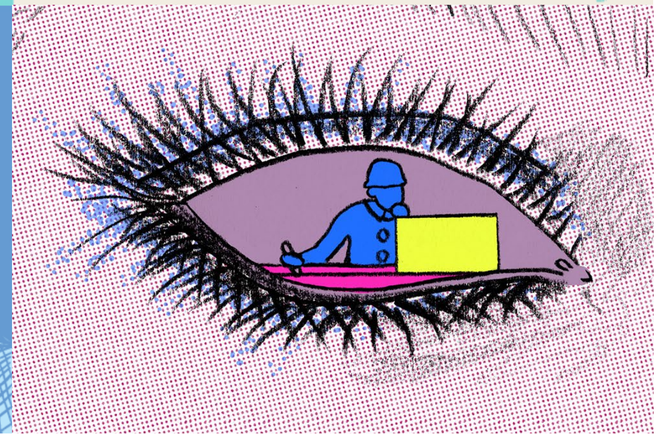
Ilustraciones: Chan Tejedor

LOS MONSTRUOS, DE KIKE FERRARI

Una fuga. Un corazón roto y otros modos de desaparecer completamente. Este escritor, que renovó la narrativa policial en español, hace un salto al terror y cae con originalidad en el género. Como parte de su estilo habitual, el relato funciona en sí mismo, pero en realidad es parte de *Territorios sin cartografiar*, novela que va publicar la editorial Indómita Luz en 2021.

ILUSTRACIONES: CHAN TEJEDOR





"Por la rendija vio cómo se iban, sin que nadie se percatara de su ausencia"
Rafael Pinedo

Creo que ninguno de nosotros sabe el momento exacto en que se transformó en esto. Que nadie lo sabe. Que no se puede saber. Quiero decir, que no hay un momento. No hay gritos desgarradores por la traición. Aullidos, imprecaciones, lenguas extrañas y desconocidas. Ni cruces, ajos, estacas. No dejamos de reflejar, si no de ser perceptibles. Y no hay, créanme, un enfrentamiento frontal con Dios. ¡Dios! ¡Por favor! Les tengo un secreto, amigos, algo que se aprende cuando uno cruza la frontera y entra en este territorio sin cartografiar: no hay un dios al que enfrentarse.

Hay lo que hubo siempre: nosotros.

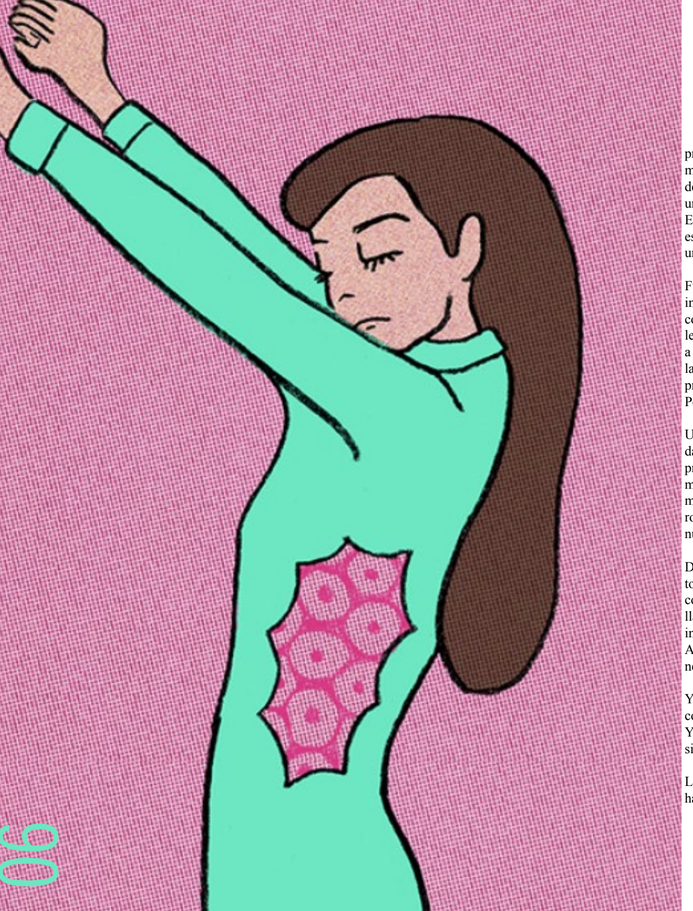
Nadie sabe cómo termina de suceder pero empieza con una decisión. Eso lo puedo asegurar. Una decisión aunque nadie sepa nunca qué es lo que está decidiendo. ¿Pero no es también así del otro lado, allá donde ustedes viven, mienten, fornican?

Yo decidí una fuga: hubo hogar. Porque yo también tuve un hogar, una pequeña casita suburbana con un terreno en el fondo donde estaba la parrilla, mujer, dos hijas, un perro grandote y leal. Un hogar: cocinita y tres cuartos sin revocar, el más grande con la cama de dos plazas en la que todo sucedió. Sobre la cama, colgando de la pared, un banderín del club de fútbol que era todo para mí y del que no puedo recordar ni siquiera los colores. Nada tiene colores en mis ojos ni en mis recuerdos, hace años que veo todo en una tonalidad que antes hubiera llamado ocre. Junto al banderín ocre de mis recuerdos, un rosario de madera, las cuentas gastadas por el roce de los dedos de mi abuela mientras susurraba su letanía como si estuviera compuesta por solo una palabra larga y cadenciosa de la que yo apenas lograba entender en la hora de nuestra muerte.

Decidí una fuga: una noche en la que no debía volver a mi hogar –a mis hijas, mi mujer, la cama de dos plazas, el rosario y el banderín–, una noche en la que el perro grandote y leal no ladró al verme llegar, una noche en la que entré sin ruido por la cocinita y pasé por el primer cuarto sin revocar y después a mi pieza. Y esa noche en la que volví aunque no debía, vi lo que no debía ver, encontré lo que no debía encontrar. Supe, de manera brutal y definitiva, que la verdad debería ser aquello que nos quieren mostrar, aquello que sucede cuando somos visibles. Mi cuerpo aprendió, aunque yo no lo supiera todavía, que somos visibles solo si queremos serlo. Pero que podemos dejar de serlo.

Habitar nada más que en nuestra propia percepción. Decidirse a ir a un territorio en el que nuestro único amigo, aquel que nos devuelva el rostro y los gestos, será el azogue.

Una fuga: volví a cruzar la noche con el corazón –aquello que ustedes llaman corazón, que yo solía llamar así– roto y sangrante. Hubo un colectivo y un tren y cuadras y cuadras a pie. Fue la



primera vez que pensé que nadie me vea, que nadie sepa de mí. La decisión. La noche como una manta necesaria pero insuficiente. Más, pensé, el corazón roto sangrando, necesito un refugio, dos refugios, una red de refugios. Yo, el que era yo entonces, el que tenía un nombre y un hogar y un equipo de fútbol en colores, trabajaba en el subterráneo, estación Pellegrini de la Línea B. Eso, pensé, el inframundo. Usando la llave maestra, entré por la puerta menos usada de la estación y me colé, invisible y con la sangre abandonando mi corazón roto, en un cuarto pequeño un poco más allá del final del andén al que sabía que nadie se iba a acercar. Dormí.

Fuga: durante un tiempo intenté mantener un pie en cada mundo. Una transición. La interferencia. Al principio era como si mi nueva vida –no vida– fuera ganando espacio de a poco, como una niebla que crece en el anochecer de las montañas del sur de Rumania. Porque, como ya les dije, no hay gritos desgarradores ni un enfrentamiento con Dios. Hay un lento anochecer. Y de a poco todo va siendo sombras y entonces quedan vestigios apenas de aquella otra vida. Cambia la alimentación, que se hace menos variada y más específica: vida. Sangre y vida. Y en ese proceso dejamos de ser, o al menos dejamos de ser como éramos. Ya casi somos el monstruo. Pero es un camino largo por este territorio del que no hay mapas.

Una fuga: un día dejé de trabajar, empujado, sobre todo porque mis compañeros no parecían darse cuenta de cuándo estaba y cuándo, no. A veces llevábamos horas juntos y de pronto preguntaban y vos, cuándo llegaste. No me notaban, era como si yo flotara, como la angustia, dos metros por encima de sus cabezas. Así que decidí –¿o será la misma decisión?– replegar una vez más, fugar hacia adentro. Ahora, decía mi abuela, los dedos sobre la madera gastada del viejo rosario que después estaría sobre la cama de dos plazas de mi pieza sin revoque, y en la hora de nuestra muerte.

Decidí una fuga: dormía en ese enjambre de lugares secretos y semiabandonados que tienen todos los subterráneos de todas las grandes ciudades. Compraba por Internet y me hice experto en conseguir y negociar cosas sin salir nunca de bajo tierra. En esa época perdí mi viejo nombre. Me llamaron, entonces, de distintas maneras, apodos operativos y tabicados que definían para mí al interlocutor y la actividad: me decían el Filatelista –como podrían haberme llamado el Astrólogo–, Vlad, Efson, el Teapa, Erdosain y tantos más. En un momento dejaron de ser necesarios y ya nadie me llamó de ninguna manera. Pero eso fue después.

Yo decidí una fuga: como digo, todo fue una larga y opaca marcha. Llegó el día en que quise comer un pan pero no pude. No más. Entonces quedaron solo los roedores, los perros perdidos. Y luego, el resto. Pero luego. Ese día supe que ya no habría más los alimentos que antes habían sido alimentos para mí, para el que había sido y ya no era.

La sucesión de las semanas, los meses, los años también se volvió opaca, ininteligible. Al no haber noche y día, al comienzo y ni siquiera comienzo y fin después tuve que dejar de contar.

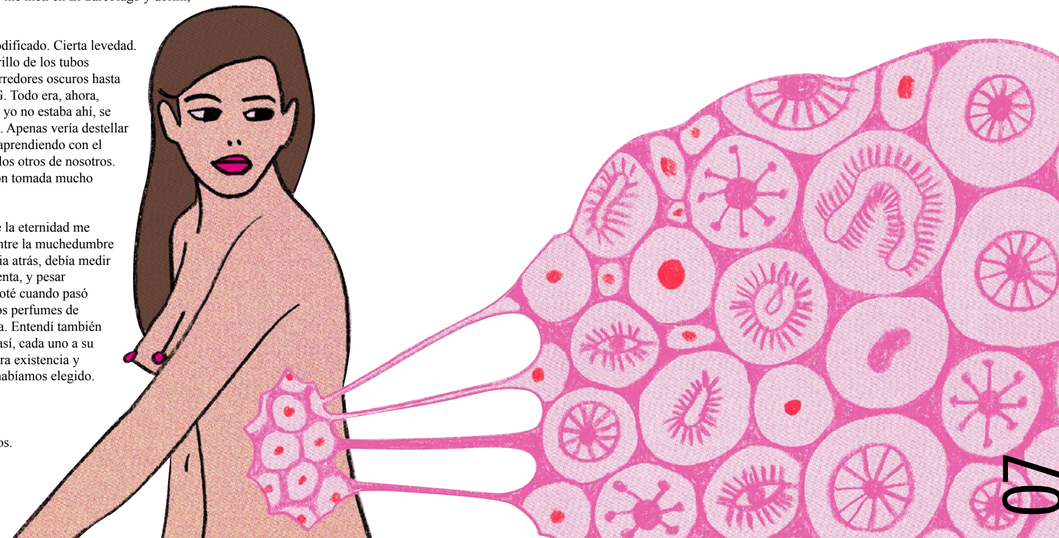
Supe, tan solo, que los otros cuerpos envejecían, salían del juego, eran reemplazados pero mi uniforme azul y yo seguíamos iguales. Mucho, muchísimo después, frente a la vidriera del kiosco del andén de Constitución vi reflejado mi cuerpo largo y delgado, mi cabeza calva, el overol azul con las refractarias verdes pero no vi a nadie más detrás de mí, aunque la estación estaba llena. Los veía si me volteaba pero no en el reflejo. Se supone que funciona al revés, pero créanme, es así. Había, vaya uno a saber cuándo, terminado de cruzar. Sonreí, los colmillos filosos como dagas, y solté o creí soltar una maldición con la voz que recordaba tener cuando todavía alguien me escuchaba hablar. Ahora nada: nadie me oía, nadie me veía. Tomé un tren, la velocidad frenética, y después combiné con otro, ese ruido infernal como un arrullo. Bajé en Medalla Milagrosa de la línea E y me encerré en el cuarto que era mi preferido de todos los refugios que tenía en la red, un espacio diminuto y seco al que llamaba El Sarcófago. ¿Fue esa misma noche u otra, poco después, en la que completé también mi cambio de dieta? Les voy a ahorrar los rojos detalles. Pero fue como llegar a un destino, regresar a una Ítaca largamente deseada aunque desconocida. Lo cierto es que me metí en El Sarcófago y dormí,
dormí, dormí.

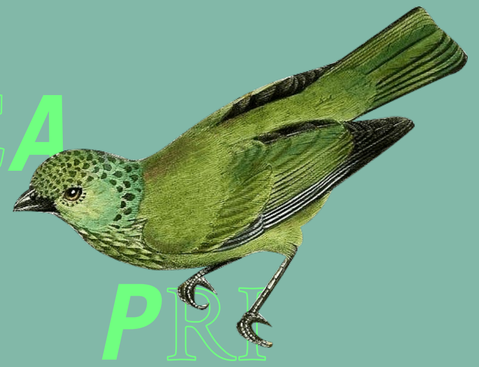
Al despertar algo se había modificado. Cierta levedad. Los pasillos, los aromas, el brillo de los tubos fluorescentes. Caminé por corredores oscuros hasta salir en Rückzug de la línea G. Todo era, ahora, ocre. La multitud, para la que yo no estaba ahí, se mostraba traslucida y borrosa. Apenas vería destellar de tanto en tanto, esto lo iría aprendiendo con el tiempo, en medio del gentío, los otros de nosotros. Los monstruos de una elección tomada mucho tiempo atrás.

Esa primera tarde del resto de la eternidad me crucé con uno. Vi atravesar entre la muchedumbre a ese tipo: rubio, peinado hacia atrás, debía medir poco menos de un metro ochenta, y pesar alrededor de ochenta kilos. Noté cuando pasó junto a mí el olor áspero de los perfumes de imitación y su mirada cansada. Entendí también que él no podía verme y que así, cada uno a su manera, reafirmábamos nuestra existencia y nuestra inexistencia. La que habíamos elegido.

Decidimos una fuga, pensé.

Nosotros, pensé, los monstruos.





CAPRICHOS

PARA MUESTRA BASTA UN BOTÓN: UN VISTAZO A LA INTIMIDAD DIGITAL

Una curaduría de seis tweets hechos cuadro arman una caprichosa exposición. Como en una galería moderna, un museo popular, acá hay una cruza interdisciplinaria de escritura, tecnología y artes visuales. Agarren sus copas de vino y pasen a la vernissage virtual.

POR: E. LOGIAN

El primer desafío que impone Twitter es la síntesis. Generar emoción y reacción es un arte enorme que se mueve en un espacio reducido de expresión. A partir de esta idea, stalkeé algunas cuentas que sigo para encontrar una conexión: las palabras justas que dibujen un sentimiento. Esta muestra virtual es una invitación a la cercanía, un chapuzón en lo doméstico y cotidiano que cada quien comparte de forma particular y única. Una ventana de hasta 280 caracteres hacia otra forma de intimidad.

Como resultado final de mi curaduría, presento este espacio en el que la tenebrosa **Samanta Schweblin** reflexiona sobre la impaciencia y el ánimo a la hora de comer; **Martín Felipe Castagnet** deja sus distopías por un rato para compartir la genialidad de su abuela; **Mariano Blatt** parece encontrar poesía en todas las cosas; con su ánimo picante, **Gabriela Borrelli** desafía a pensar en el amor frente al espejo; **Luciano Lamberti** aporta su macabra cuota de existencialismo; y, como buena productora y guionista, **Javiera Pérez Salerno** propone un plan a la medida para este mundo pandémico.

Pasen a ver mi tercer capricho de una serie, una vernissage virtual, pero no por eso menos real. Para la experiencia completa, les dejo un consejo: esta muestra se disfruta mejor si se recorre copa de vino en mano, con el aroma de quesos recién cortados flotando en el ambiente y música de piano acompañando de fondo. Ahora sí, adelante.

Perdón por las cosas que digo cuando tengo hambre.
Samanta Schweblin,
20 de enero de 2019

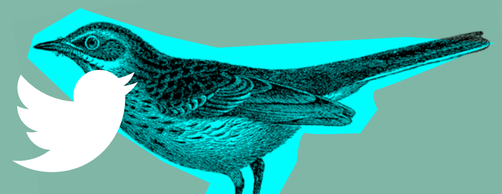
mi abuela: "mis persianas hacen un ruido atroz con el viento, ojalá no se despierten. no están rotas, sólo que algunas veces cantan".
Martín Felipe Castagnet,
19 de octubre de 2020

el sauce sube para caer
Mariano Blatt,
23 de abril de 2020

Es más difícil verse que enamorarse.
Gabriela Borrelli,
21 de abril de 2020

lo verdaderamente aterrador es que no existan los fantasmas
Luciano Lamberti,
11 de octubre de 2020

Becas sostener: te podés ganar que te lleven a upa hasta la cama, te den un valium y te arropen hasta el 2021. Postulate ahora.
Javiera Pérez Salerno,
15 de octubre de 2020



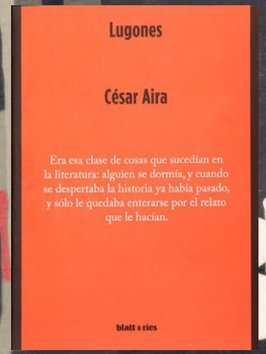
Imágenes: Gladys Bialek y Fidel Otaño Ezcurra

Muchas gracias a Samanta Schweblin, Martín Felipe Castagnet, Mariano Blatt, Gabriela Borrelli, Luciano Lamberti y Javiera Pérez Salerno por jugar a este capricho. Una reverencia para Flora Otaño Ezcurra y Martín Gagliano por la producción impecable.

LUGONES, DE CÉSAR AIRA: LAS FUERZAS EXTRAÑAS

Transita realismo, lírica, sencillez, concreto, fantástico. Puede ser serio, estudioso, erudito, formal, divertido, difícil, exuberante, escueto. Siempre es lúdico. Este texto de 1990 permaneció entre sus archivos y ahora decidió que era el momento de que saliera al mundo. Una rareza fuera de tiempo que sigue engordando su lista de más de 100 libros publicados.

POR: DANIELA PASIK



Ilustraciones: Chan Tejedor. Foto: Gentileza Fausto Pasik

En su estado natural, para entrar a tierra en el Delta había que hacerlo a machetazos. Nada en la naturaleza facilitaba el paso. *Lugones*, de César Aira, funciona como esa antigua isla hermosa, que reclama trabajo si alguien decide meterse. Los ríos que la inundan solían ser amplios y no había dónde hacer un alto, nada de lo que agarrarse a frenar, pero y porque se avanzaba con la corriente. El libro, publicado por Blatt & Ríos, fluye como aquella marea primaria. El texto es un solo párrafo de 180 páginas, que la editorial presenta con tipografía grande, como una colaboración para la travesía. Dejarse llevar es un paseo incierto, pero adrenalínico y por momentos feliz.

Leopoldo Lugones se suicidó el 18 de febrero de 1938 en un recreo del Delta llamado El Tropezón. Su hijo era jefe de la Policía y fue, dicen, el creador de la picana eléctrica en tiempos de la dictadura de José Félix Uriburu. Parece que había descubierto que su padre tenía un romance con una mujer joven, que consideraba impropio, y lo presionaba para que la deje. El escritor, entonces, tomó cianuro mezclado en whisky. Esto es verdad.

En la novela –publicada ahora, pero escrita a fines de los años ochenta– el entonces joven Aira juega, décadas antes, a lo mismo que armó Quentin Tarantino en *Bastardos sin gloria* en 2009 y en *Érase una vez en Hollywood* en 2019. O sea: basados en los hechos, reversionan la historia y cambian el final trágico a uno más feliz. O épico. Golazo visionario del escritor de Pringles y hits absolutos del director de Knoxville.

Si quien lee esta novela decide dejarse llevar por esos ríos que propone Aira, a veces amables pero otras turbulentos, y agarra el machete para penetrar al relato sin pausa ni punto aparte, de pronto podría estar, como la trama propone, en algún tiempo y lugar del Tigre. Con un Lugones que no es necesariamente Leopoldo, pero a la vez sí. En un sitio posible en el que pasan cosas imposibles. Como una posada en el Delta en la que de pronto una mujer se transforma en pájaro.

"Una tarde a fines del verano pasado llegó a nuestra isla el más grande escritor argentino, Leopoldo Lugones, sin equipaje, de incógnito, y con un revólver en el bolsillo. Qué venía a hacer, no lo sabía el personal del recreo, y en realidad no llegó a saberlo nunca nadie". Así, con el corazón del asunto como primera entrada, comienza el texto, y la fantasía del autor. Cuando baja de la lancha, este Lugones aireano intenta sacar un reloj del bolsillo, pero en una distracción deja caer el arma, que se dispara accidentalmente. Le da a la dueña del recreo, que había salido a recibirlo, y comienza a enmarañarse, de a poco, pero definitivamente, todo.

El texto es una sucesión de enredos, inventados o deformados de la realidad, que van poniendo en jaque al Lugones más real, dramático y potencial suicida, para volverlo un personaje torpe y afligido, que no tiene más remedio que lidiar –o tratar de no hacerlo– con un coro de mujeres calientes, el espectro de un pintor chino, familias cajetilla, contrabandistas, parejas en fuga y un yacaré que no solo habla, sino que además escribe. Y lo hace prolíficamente, "sin sentir en ningún momento la tentación de detenerme a pensar". Como Aira, tal vez.

La lectura es, sin duda, divertida. Una imagen: el escritor serio que, entre otros hitos, inauguró la poesía moderna en español, de verso libre, deja su traje en la cama para darse un baño en su habitación mientras, desnudo y con anteojos, imagina un patito de goma flotando con él, y también que alguien abre la puerta de pronto, por lo que su humor sombrío pasa a ser una angustia y duda sobre qué decir, cómo ocultar ese muñeco de cuello largo que dibuja un signo de pregunta.

Ese es apenas un botón de muestra de hilaridad, pero el texto igual no deja de ser por momentos impenetrable, si se entra sin machete. "Y lo peor de darse cuenta de algo es que lo primero que uno advierte es que los demás se han dado cuenta antes. Todos los que se reían de mí, Borges, Girondo, Macedonio Fernández, ¡todos tenían razón! Y yo pensaba que era por envidia...", reflexiona el Lugones de Aira, o el joven Aira en voz de su falso Lugones.

Entre gags y propuestas desafiantes, también está el punto existencial más sencillo: esta es la historia de alguien que toma la decisión de matarse, en un intento de hacer de su vida impostada un gesto final real, pero no lo logra porque el mundo alrededor está lleno de exageraciones y grandilocuencias absurdas. Las circunstancias lo van devolviendo, otra vez, a su lugar de personaje. Podría ser una reflexión del joven Aira sobre el verdadero Lugones al momento de escribir el texto y también ahora, al decidir publicarlo, una revisión de eso y un juego o chiste sobre sí mismo.

Con la firme determinación de no representar personajes en la vida real, Aira casi no da entrevistas. No escribe contratapas ni prólogos ni artículos ni columnas. No presenta sus libros ni los de otros. Jamás merodea el ambiente literario. Publica, a raudales, donde se le canta. Puede darse el lujo, desde sus premios y reconocimientos mundiales, de entregarle a veces sus textos a editoriales chicas para no perder la costumbre del libro como producto hecho por amor, con pasión.

A contramano de cualquier tipo de sobreexposición, es la prueba empírica del resultado que puede dar el concepto "prepotencia de trabajo". Fue finalista en 2015 del Man Booker International, uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo. Su obra está traducida a treinta idiomas. Además de hacer ficción, piensa y analiza la literatura. Es experto en Copi y Alejandra Pizarnik. Escribe ensayos y estudios. En sus inicios fue traductor, entre otros de Stephen King. Y ahora, en plena juventud setentañera, es el autor argentino más importante de su generación.

Sale al mundo con masividad, pero a través de su escritura. Para todo lo demás cerró la cortina. Y, como en muchas de sus obras, a veces lo hace de un modo tan gracioso como elegantemente contestatario. Un ejemplo hermoso: a fines de 2017 intentaron contactarlo para declararlo personalidad destacada de la cultura en la Legislatura porteña. Nunca lo lograron porque no respondió los mails ni atendió el teléfono. Así de sencillo. Funcionarios impostados rezongaron, demostrando así no tener idea de a quién querían premiar. La (no)respuesta y las reacciones fueron de pronto como una novela de Aira. Él la escribía en su casa, así, con un silencio que terminó siendo un gesto ruidosamente real.

Hay, de alguna forma, casi un mandato tácito, desde lugares diversos, de que te tiene que gustar Aira. ¿Cómo no quererlo con sus gestos? Además, le gusta a la gente aparentemente correcta, incluida Patti Smith, que en 2015 reseñó su libro de relatos *El cerebro musical* en una columna para *The New York Times* (dijo, entre otras cosas, que tiene "una mente improvisadora y un ojo cubista que ve las cosas desde muchos ángulos al mismo tiempo") y el año pasado, además, puso en Instagram su foto con él para celebrarle el cumpleaños y declararse (otra vez) fan.

¿Cómo no te va a gustar Cérar Aira? Si entrás con machete, o por el hueco casualmente correcto, lo amás. Pasa que no cualquiera de sus libros es el lugar ideal de acceso a ese todo fabuloso. *Lugones*, su publicación más nueva, es un texto de hace más de treinta años, una época en la que el autor exploraba lo exuberante y que es, subjetivamente, tal vez la más difícil de abrazar o terminar de entender para quien quiere empezar a entrarle.

No se empieza por acá con Aira. Pero para quien ya transita su isla frondosa, o incluso si solo viene en la canoa machete en mano, *Lugones* es un bocadillo interesante de su etapa más expresionista, grotesca y a veces hasta libidinosa. Podría acomodarse en la biblioteca entre *La prueba*, esa novelita de 1992 que parece una historia sencilla con chicas punks, pero que en realidad dialoga con el contexto histórico de una Argentina brutalmente liberal, y su precioso ensayo breve de 1993 sobre el expresionismo de Arlt. Así que vamos, agarren los remos.

Lugones (Blatt & Ríos, 2020), de César Aira.
Se consigue en físico y en digital.

LA ESPERA, UN RELATO DE PAMELA ALTIERI

Qué puede cuidar un bañero si ya no hay mar, cómo es ser la dupla de alguien que ya no está. Si Boris Vian fuera una chica argentina a la que le gustan Copi, la poesía y la literatura infantil y juvenil, tal vez podría ser similar a esta autora intrincada pero fácil de leer, extraña y profunda, graciosamente trágica.

ILUSTRACIONES: CHAN TEJEDOR

Sube a la casilla. Apoya su heladerita y deja la mochila. Recién entonces extiende un toallón sobre la silla y se sienta. Está solo. Le falta pelo en la cabeza, pero le sobra en otras partes visibles del cuerpo. Tiene la piel marrón, cuajada. Mientras inhala y exhala lentamente, mira hacia el hasta entonces mar. Y espera.

Cuando el reloj, sumergible, le marca que ya pasó media hora, se levanta, estira los brazos y acomoda la soga carcomida que sostiene un silbato sobre su pecho. Baja por la rampa. Un perro enarenado se le acerca y comienza a sacudirse. Lo enarena. No lo reta. Lo acaricia. Vuelve a subir.

En los siguientes minutos, la playa se va poblando. Le gusta no ser el único que espera. “Hoy vino menos gente”, se dice mientras observa cómo esos pocos se sientan detrás de una línea imaginaria. Piensa que entre reposera y reposera podrían entrar tres veces él y su heladerita. Si estuviera con alguien, con ella, no sería tan así. Podría entrar una vez y media. Eso complicaría las cosas. Las cosas le resultan más simples ahora.

Tiene calor. Le cae una gota de cada sien, resbalan a destiempo hasta la quijada, toman la curva y prosiguen por el cuello, esquivando el silbato. No las toca, las deja ser. Es eso o meterse en el mar, una alternativa imposible.

El mar se fue.
Nadie sabe si va a volver.

Él no lo vio. Ese día, falta grave en su profesión, estaba de espaldas. Pero todos los demás lo vieron. O casi todos: los que estaban mirando al mar. De frente. Ella lo vio. Afirmaron que, tras una ola, el mar se replegó, como siempre, y dejó descubiertas las piedritas, los caracoles y los plásticos del fondo. Pero no volvió. Empezó a irse hacia el horizonte y continuó yéndose. Los rumores en la hasta entonces orilla crecían en volumen, voces y teorías. Él se dio vuelta con la intención de entender el origen del desorden. Tardó en notar que la playa era ahora eterna.

Decidió seguir desde su silla la evolución de los hechos. Ella, su compañera de tantos años, dijo: “Chau, me voy”. La escuchó, pero no la miró. Sacó una gaseosa de la heladerita, dio un sorbo y observó el caos. Las personas gritaban, corrían, se contaban lo visto unas a otras, hablaban por teléfono. Algunas lloraban. Él no hizo nada de eso. Comenzó a esperar. El mar iba a volver. Y con él, ella.

No volvió.
Ni ese día ni los siguientes.

Durante meses, la playa recibió investigadores de todos lados. Oceanógrafos, meteorólogos y hasta astronautas estudiaban el caso. Ninguna causa probable era confirmada, aunque sí rechazada.

El mar no está. En su lugar hay arena. Y piedras y caracoles y plásticos. Los peces se fueron con el mar. Los pescadores deambulan por el pueblo. Los barcos quedaron encallados donde estaban. Los submarinos no merecen su nombre. Las banderas de la playa perdieron su significado. La brisa marina es ahora desértica. Ya nadie hace castillos de arena.

Él solo espera.

NO ES UN RÍO, DE SELVA ALMADA: VIOLENCIA Y ROMANCE CON EL PARANÁ

En la última novela de la autora entrerriana, tres hombres tirotean a una raya desde un bote y eso desencadena el movimiento, como una corriente, de historias presentes y pasadas. Litoral, amor, muerte, territorio y un cierre a la trilogía –que comienza con *El viento que arrasa* (2012) y sigue en *Ladrilleros* (2013)– en la que indaga el universo masculino.

POR: DARÍO SOSA

Ilustraciones: Chan Tejedor. Foto: Gentileza Vicky Cuomo

¿Qué hace un borracho parado en un bote con un arma en la mano? Pesca. El hombre se llama Enero Rey y no está solo: al lado tiene a Tilo, hijo adolescente de Eusebio, su amigo muerto, y fuera del bote, en el agua, se encuentra el Negro. Con esa escena desconcertante y cargada de tensión comienza *No es un río* (Random House), la última novela de Selva Almada, con la que completa su "trilogía de varones", iniciada con *El viento que arrasa* (2012) y seguida por *Ladrilleros* (2013), publicadas por Mardulce.

La historia principal es la de este grupo de hombres que va a pasar un fin de semana de pesca, asado y vino a una isla, y se inunda, como un delta, por otras tramas. El pasado de cada uno de ellos, su relación con Eusebio, que ya no está. La isla evoca la figura del amigo/padre ausente, que murió en ese lugar hace quince años y ahora merodea como un fantasma las cabezas calientes y alcoholizadas de los visitantes.

También es una novela sobre una isla. Con realismo crudo, y anclada en la palabra de la región, habla de ella, de todo lo que la constituye: el agua, la tierra, los animales. Ese territorio y sus sonidos ocupan las hojas como monte, pero principalmente como río, con sus distintas formas y cadencias. Las líneas corren ligeras y angostas en los diálogos o acompañando a los personajes en momentos de soledad, como cuando Enero decide meterse al agua para despabilarse:

"Nada.
Zambulle.
Flota."

Hay violencia, venganza y muertes jóvenes en las historias que cuenta Almada, pero también hay cariño en las masculinidades que construye, aun en las más hoscas. Basta ver el trato casi paternal que tienen Enero y el Negro con el adolescente. "Mientras cruzaban a la isla en el bote flamante se acordaron como siempre de la primera vez que lo trajeron a Tilo, chiquito era, apenas caminaba el gurisito", escribe la autora y cuela, también, la voz del litoral. O cómo Aguirre –líder de un grupo de isleños que enfrenta a los visitantes– se relaciona con las mujeres de su familia, a quienes protege y consiente. Igual que hace con el río, al que cuida tanto porque "ha pasado más tiempo con él que con nadie". Esos rasgos también están en *Ladrilleros*, donde el amor aparece, justamente, entre dos varones: Pajarito y el hermano de Marciano, su enemigo.

Pero el romance más importante en este libro es el de la voz narrativa con el Paraná. Las descripciones están cargadas de información y, sin embargo, se vuelven ligeras porque llegan repletas de movimiento, sonidos, olores. Párrafos enteros podrían utilizarse como material de estudio en las escuelas: aprenda flora y fauna (poesía y narrativa) con Selva Almada. Si bien queda claro que al nombrar al caraguatá, o al aguaribay, se refiere a una planta o un árbol, una segunda lectura con google, o una enciclopedia, a mano, puede ser una experiencia más que enriquecedora (por cierto, es impresionante el rojo del caraguatá).

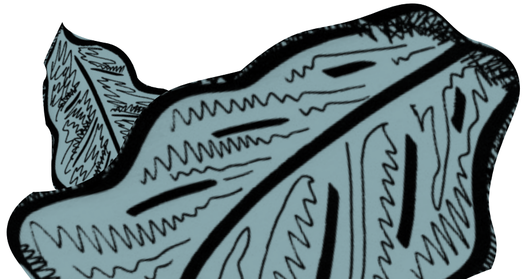
El escenario está tan bien construido que por momentos la autora se permite soltarlo, sin perder su presencia. Hay una escena de un baile entre Enero, el Negro y Tilo en la que no se nombran el río ni la costa o el monte, y sin embargo están ahí. "Las pelvis se arriman, se acomodan al vaivén del otro. Adelante atrás. Ahora los cuerpos pegados empujan el aire". El detalle y la minuciosidad pasa del ambiente a los movimientos de los cuerpos felices, que llevan a quien lee a sonreír y después a mover la cabeza al compás de la cumbia que los anima.

El lenguaje de la novela es crudo porque la narración está pegada a la subjetividad de los personajes. Las historias son duras y se reparten entre el pasado y el presente, la vida y la muerte, la isla y el continente, sin cortes. El libro no está dividido en capítulos y, aunque son 144 páginas, no los necesita; la autora maneja magistralmente los cambios en los tiempos sin perder tensiones.

Almada varía en los ritmos y en los modos de narrar, y hasta dónde elige contar. Hay escenas en las que el morbo mal alimentado espera un dato más, en las que la autora decide que ya es suficiente y pone punto aparte. En esos momentos, la novela –como el monte– respira y manda a quien lee a pensar y masticar el asunto. Es como si dijera "esto es demasiado terrible como para ahondar en detalles, no hace falta más". En una sola imagen, los ojos de un muerto "abiertos buscando la claridad", invita a una reflexión, tarde o temprano. En el instante previo a morir, ¿se ve algo? Y ese algo, ¿es bueno o malo?

Así como en *El viento que arrasa*, Leni, la hija del reverendo, amenaza con romper todas las historias, en *No es un río* también hay personajes femeninos muy potentes. Especialmente, un grupo conformado por una madre y sus hijas, cuya aparición es tan impactante como la mirada de aquel muerto. Son tres… quizás sea el número de la suerte de la autora. Quizás sea una señal de lo que vendrá. O quizás sea la ansiedad, las ganas, de asegurar tres novelas más de Selva Almada, ahora en una "trilogía de mujeres".

No es un río (Random House, 2020), de Selva Almada.
Se consigue en físico y en digital.



GISELA VOLÁ

Fotos: Gentileza Gisela Volá. Ilustraciones: Chan Tejedor

"CUANDO AGARRO UN LIBRO QUIERO QUE ME PARTA EN MIL PEDAZOS"

Curadora, gestora cultural, docente, periodista documental, parte de la Cooperativa Sub y autora de ensayos fotográficos con ejes sociales contemporáneos que entrelazan misticismo, feminidad y lo lúdico. Mira el mundo de cerca, con perspectiva de género, y lo retrata para contar historias.

POR: MARÍA MIRANDA

Gisela Volá hace relatos a través de sus fotografías. Le gusta la palabra "riesgo" y lo que conlleva. Se toma el tiempo para conocer a quién va a captar para meterse de cuerpo entero en la historia que va a mostrar. Es una narradora visual.

Gilda, la milagrosa; *Cabalgata nocturna*; *Extraño paraíso* y *Quinceañeras* son solo algunos de sus trabajos autorales. Retratar el culto que se le rinde a la santa patrona de la cumbia; mostrar el misticismo terrenal de las brujas; develar el mundo adolescente y exponer el ritual de cumplir quince años. En el trabajo de Volá está presente lo que no se dice, lo que va por debajo de la superficialidad de la imagen.

"Lo que más me atrae son las historias. Desde el hecho narrativo, del relato. Es lo que siempre me inspira. Me gusta meterme. Me gusta la cuestión de la oralidad, escuchar, que me cuenten cosas. Me gusta esa mirada atenta que está involucrada con las personas concretas, con nombres propios. Hay algo ahí en la realidad que traen, en lo que me cuentan. La realidad supera la ficción. Me gusta ir pescando esas historias de la gente", dice.

—En *Gilda, la milagrosa*, también hay una puesta en escena. ¿Cómo es el proceso?
—El trabajo de Gilda se lo agradezco al fotoperiodismo, que me enseñó mucho a decidir lo que quería y lo que no, y también a ir al territorio para resolver. Se desprende de una cobertura sobre la doble de Gilda que vive en la Villa 21. Hicimos la nota y me di cuenta de que esa doble, que se llama Silvia Coimbra, no era la doble de nadie, sino que era muy auténtica y tenía su historia. Le pregunté si podía volver a verla y a partir de ahí fueron tres años de trabajo. Me metí en ese mundo, en el misticismo, en el paganismo popular. Me interesó el ritual, lo ceremonial y, lo reconozco, me atrae mucho lo visual y cómo se construye el sentido a partir de las metáforas que se van encontrando en la vida cotidiana. Uno va metaforizando en la vida, eso es lo que más me gusta.

—Es difícil retratar el mundo mágico, algo que también hacés en *Cabalgata nocturna* sobre la brujería. ¿Cómo lo lográs?
—Busco ese plano místico, pero muy en relación con lo terrenal. Me interesa la profundidad de lo místico cuando no queda en la construcción etérea. *Cabalgata nocturna* es un trabajo que se relaciona con el curanderismo. El título lo saqué del Canon episcopi que nombraba a las brujas como mujeres que iban cabalgando arriba de animales rumbo a encontrarse con Satanás. En ese relato se endemonia a la mujer sobre las bases de cuestionar la sabiduría que tenían. Me interesó por mi madre, que tiene 85 años y sabe leer y escribir desde los cuatro. Aprendió con su abuela, que era curandera. Después, encontré una residencia para artistas en México, que tenía cierta relación con la brujería y la magia, y me anoté. Quise buscar mujeres como mi bisabuela, que curaba sin cobrar. Me di cuenta de que no era algo periodístico lo que me interesaba, sino la metáfora, trabajar con la noche, los rituales, la luz.

—¿Cómo elegís las historias que vas a contar-mostrar?
—Me abro a que aparezca lo que aparezca. *Extraño paraíso*, por ejemplo, es un ensayo alrededor de la adolescencia. En *Quinceañeras*, trabajé sobre el deseo de las mujeres latinoamericanas cuando cumplen esa edad. La identidad de la mujer siempre está muy presente en lo que hago.

—¿Cuánto tiempo te lleva hacer cada ensayo?
—Lo más importante es la cercanía, la intimidad, que para mí son claves para hacer un buen retrato. Y eso lleva tiempo. Una amiga una vez me dijo que a mí me gustaba el riesgo y me encanta esa palabra. Si tengo que viajar kilómetros para una sola foto, lo hago porque me estoy arriesgando por algo que me va a dar una respuesta o me va a revelar algo.

Actualmente, Volá codirige el Laboratorio de investigación y creación visual en Plataforma Educativa Sub. También es docente en EFTI (Centro Internacional de Fotografía y Cine), en Madrid, España; forma parte del Festival de Fotografía MUFF, de Uruguay; y es Mentora del Women Photograph Mentorship Program 2021. Eso no quita que le escape a la inmediatez. Con su obra cuestiona que la fotografía no dispute otros lugares dentro de las diversas áreas del arte.

"Suena trillado, pero salgo a la calle y miro a gente que me llama la atención. Por eso me gusta tanto la fotografía, porque agudiza el canal de observación, capta los gestos y los pequeños modismos. Con la literatura pasa igual, abre historias, y a mí me gustan las historias. La imagen

tiene que salir a disputar otros lugares, entrar en la escuela, en la oralidad, en la escritura, en la música. Tiene que relacionarse con otras disciplinas. Creo que el desafío más grande es lo interdisciplinario", reflexiona.

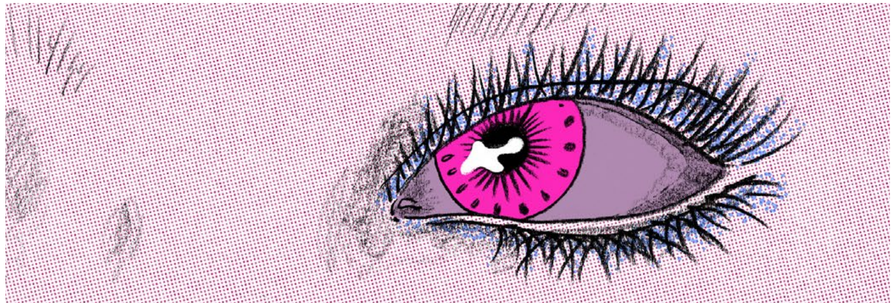
—¿Por qué creés que no se disputaron esos lugares?
—Ahora podemos entender a la fotografía como parte de cualquier otro lenguaje porque las imágenes generan discurso y construyen sentido. Pero estuvo relacionada durante mucho tiempo a lo técnico. Mucha gente aún piensa que hacer fotos es saber manejar una cámara, pero la cámara es el instrumento. Las imágenes se pueden entender como parte de un discurso. Son ideas. No buscan mostrarnos algo bello, están para hacernos pensar. Se habla de analfabetismo visual por esta rapidez que generan las redes sociales.

—En tu Instagram (@giselavola) hay un trabajo estético en cómo acomodás las fotos. No es azaroso. ¿Cuál es la búsqueda?
—Reconozco esa parte estética que me gusta de lo visual. Siento que, dentro de ese universo, me brinda como una poesía. Me gusta dejarme llevar por lo que la imagen evoca. No por lo que dice, sino por lo que no dice. Así que busco algo en los colores, las emociones y después queda en lo que cada persona de alguna forma interprete, para que se lleve esa imagen a donde quiera. Me gustan las historias abiertas, así que juego desde las redes con eso. No bajar línea, sino abrir.

—¿Qué te gusta leer?
—Mi pareja es muy lector y descanso un poco en eso. Estuvimos leyendo a Claudia Piñeiro. Siempre estamos con libros. También a Gabriela Cabezón Cámara y a Selva Almada. Uno de los últimos que leí fue *Por qué volvías cada verano*, de Belén López Peiró. Soy un poco intensa; cuando agarro un libro quiero que me parta en mil pedazos.

—¿Qué sentido toma la fotografía en esta nueva normalidad?
—Siento que la fotografía está siendo re importante en la pandemia. Hay cosas que no se pueden decir, pero sí mostrar. Esto sucede porque no tenemos todavía las palabras ni la perspectiva para contar lo que está pasando. Caemos en tres o cuatro versiones, miradas más distópicas o más zen. Pero pienso que las personas empezaron a ser más consumidoras de imágenes, y a producir imágenes. El rol de las fotos ahora es más masivo, pero al mismo tiempo tenemos un problema, que es la falta de tiempo para leerlas. Espero que todo esto suceda con la intención de tener una lectura, que no sea solo un consumo superficial.

Cabalgata nocturna



Gilda, la milagrosa

Como quien no quiere la cosa, ya llevamos seis meses de intercambio. Mientras explota el verano seguiremos pergeñando más revistas y planes. Este ejemplar se terminó de ensamblar a mediados de noviembre de 2020, remotamente por pandemia, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y salió al mundo en diciembre.

Queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren. Hasta el próximo número, que será en marzo.

Chin chin.